

**Hombre estatua**  
*Augusto Godachevich*  
*(Nueve obras breves)*

Obras breves:

- Algo (Una actriz y un actor)
- En las redes (Dos actrices jóvenes)
- Oralidad (Dos actores y una actriz)
- Los profesionales (Un actor y una actriz jóvenes)
- La hija de Juana (Una actriz joven y una actriz adulta)
- Hombre estatua (Un actor y una actriz)
- Atún (Dos actores y una actriz)
- Gracias por bailar (Una actriz y un actor)
- La vaca feliz (Dos actores)

Augusto Godachevich / 2010

Algo

Edgardo

Adriana

(Se encuentra Edgardo ensayando una coreografía de danza contemporánea. Entra, por una de las puertas de la habitación, Adriana, y se queda mirando cómo baila Edgardo. En uno de los giros, Edgardo se da cuenta que está siendo observado por Adriana, y deja de bailar. Apaga la música fastidiado por la interrupción).

Edgardo —¿Quién es usted?

Adriana —Hola, disculpe... Yo soy Adriana. Buenos días.

Edgardo —¿Qué Adriana? ¿Qué hace usted acá?

Adriana —Ah, perdón. Soy la periodista. ¿No le avisaron?

Edgardo —¿Periodista de dónde? A mí no me avisaron nada.

Adriana —Ah, pensé que sí. Soy del diario local.

Edgardo —¿Del “Informador”?

Adriana —Sí, del Informador. Soy de la sección de cultura.

Edgardo —Mire qué bien. ¿Calculo que me querrá hacer una nota?

Adriana —Sí, si no es molestia... Veo que estaba ensayando.

Edgardo —Como bien dijo “estaba” ensayando, hasta que usted me interrumpió.

Adriana —Pero no se haga problema por mí, siga, siga, yo venga más tarde o mañana.

Edgardo —Pero... ¿cómo va a venir mañana?

Adriana —Ah, claro. Si vengo mañana no va a llegar a salir en el diario. Disculpe, estoy muy nerviosa.

Edgardo —¿Es nueva en esto usted?

Adriana —Más o menos. Hace cuatro años que trabajo para el diario.

Edgardo —Entonces no se puede decir que sea nueva.

Adriana —Y no, la verdad es que no.

Edgardo —(Suspira fastidiado). Tome asiento, por favor.

Adriana —Le juro que no le robo más de cinco minutitos.

Edgardo —¿Cinco minutitos? ¿Le parece que le va alcanzar, cinco minutitos, para entrevistar al mejor artista de la ciudad?

Adriana —No, no quise decir eso... Yo por mí estaría todo el día entrevistandoló.

Edgardo —Pero seguramente no puede, porque debe tener hijos que la esperan en su casa, o un esposo que trabaja todo el día, y espera la cena con ansiedad cada noche. ¿Me equivoco?

Adriana —Hijos tengo, pero soy divorciada.

Edgardo —Mire qué bien, qué moderna. No cualquiera tiene el valor para divorciarse en esta ciudad. Muchos tienen miedo al qué dirán, pero veo que usted no. La felicito, señorita periodista.

Adriana —Gracias.

Edgardo —(Sarcástico). ¿Podríamos empezar con la nota, si no le molesta?

Adriana —Sí, cómo no. (Ella saca un grabadorcito).

Edgardo —¿Me va a grabar con eso?

Adriana —Sí, claro, siempre hago así. Después lo transcribo a mano.

Edgardo —Me temo que conmigo va a tener que cambiar de técnica. No voy a permitir, que después, ande dando vueltas por internet, un audio con esta nota hecha por la señorita nadie.

Tengo que cuidar mi imagen, se dará cuenta...

Adriana —Está bien. ¿Entonces tomo nota?

Edgardo —Eso es lo que le recomiendo, a no ser que tenga una memoria prodigiosa.

Adriana —Está bien. (Saca papel y lapicera de la cartera). Listo.

Edgardo —Bueno. ¿Qué me quiere preguntar? Dele, dele, vamos.

Adriana —Sí, está bien. Bueno... Antes que nada, quisiéramos saber...

Edgardo —¿Quiénes quisieran saber?

Adriana —¿Cómo?

Edgardo —Usted está hablando en plural. Le pregunto por quién más habla, cuando pregunta, “quisiéramos saber”

Adriana —No sé..., por el público...

Edgardo —¡Y usted qué sabe lo que quiere el público!

Adriana —Es una manera de decir.

Edgardo —Usted es la clásica provinciana ignorante. Sinceramente me cae muy simpática.

Adriana —Yo estudié en Rosario.

Edgardo —¿Qué estudió en Rosario? ¿Periodismo?

Adriana —Sí, estudié...

Adriana —No me diga, no me diga, déjeme adivinar. Fue a una de esas escuelas privadas, y se la pagaron sus padres. ¿Es así?

Adriana —Sí, pero...

Edgardo —Pero... ¿qué?

Adriana —Yo aprendí igual.

Edgardo —(Burlándose) “Yo aprendí igual”. Sigamos con la entrevista, por favor. Dele, dele...

Adriana —(Pensando) A ver... Quería saber..., yo....

Edgardo —Muy bien....

Adriana — ... de quién fue la idea de traer su espectáculo, “El renacer de la nada”, a su ciudad natal.

Edgardo —Fue idea de mi productor. Le pareció que quedaba bien esto de volver a la ciudad natal, reconocer sus orígenes, encontrarse con su gente, y todas esas estupideces que tanto les gustan a esas señoras que leen revistas en la peluquería.

Adriana —(Un poco pasmada). Ajá. ¿Y a usted...

Edgardo —¿A mí qué?

Adriana —¿A usted qué le parece?

Edgardo —No sé. A mí no me convence del todo la idea. Me parece que la gente de esta ciudad no está a la altura de mi arte. No lo van a entender. Pero seguramente estará al tanto de que eso, generalmente, no hace falta... ya que parece que soy el orgullo de la ciudad; ellos ya son felices sólo con verme. Parece que funciona así el asunto: yo hago mi vida, hago mi camino, bailo en Europa, en Asia y de repente soy la cara del pueblo, soy el muchacho que salió de su ciudad al mundo... Cuando a mí, la verdad, nunca me importó un carajo esta ciudad.

Adriana —¿Hay alguna razón?

Edgardo —Mire..., de chico, siempre fui diferente, usted comprenderá. Y siempre se me hizo a un lado. Pero ahora que bailo en el extranjero, soy el hijo pródigo.

Adriana —Pero usted no comprende...

Edgardo —¿Qué cosa?

Adriana —Usted es nuestro representante, nuestro orgullo.

Edgardo —Nada de nuestro, el orgullo es mío solo. Todo esto es de un grado de hipocresía muy grande. Cuando yo era joven, y bailaba en esta ciudad, al diario nunca le importó... Y ahora usted está acá haciéndome una nota. Claro, pero en ese momento, cómo le iban a hacer una nota al puto anónimo ese... Ahora que soy un puto renombrado no les importa que sea puto. Ahora están orgullosos de este puto. ¿No es así? Pero si alguno de ustedes llega a tener un hijo puto... ¡Dios me libre y me guarde!

Adriana —No estaba al tanto de eso.

Edgardo —¿De qué no estaba al tanto? ¿De que era puto?

Adriana —No, digo... de que lo habían ignorado.

Edgardo —Usted no está al tanto de nada. Ni siquiera sé por qué les estoy hablando... Quizá porque soy educado... Quizá por cortesía. Quién sabe...

Adriana —Mire, Edgardo, yo no merezco que me trate así. Yo no le falté el respeto...

Edgardo —Usted me falta el respeto con su ignorancia. Me falta el respeto, viniendo en nombre de ese diario de ignorantes e hipócritas, que me dio la espalda durante años.

Adriana —Le dije que yo no sabía...

Edgardo —Ya sé que no sabía. ¿Qué le puedo pedir a usted? Terminemos con esto, de una vez. ¿Que más necesita saber?

Adriana —Quería que me cuente un poco sobre cómo se fue desarrollando su carrera desde que se fue de la ciudad.

Edgardo —Bueno, le cuento. Anote. (Se lo va diciendo a un ritmo que no le permite anotar). Resulta que yo era un joven talentosísimo, con un modo único de expresarse con su cuerpo a través de la música. Pero cada fracasado docente de danza, de esta ciudad, no lo podía ver. Así que me fui a capital federal donde reconocieron de inmediato mi talento, me perfeccioné, y colorín colorado... ¿Llegó a anotar todo?

Adriana —(Que se quedó en mitad de la anotación) No todo, pero...

Edgardo —¿Qué más necesita? ¿Fotos? ¿Necesita fotos?

Adriana —Sí, si no es molestia. (Saca una cámara barata de la cartera).

Edgardo —¿No me diga que usted también es la fotógrafa de la sección cultural?

Adriana —En verdad no hay fotógrafos, generalmente las sacamos nosotros.

Edgardo —¿Con esa cámara?

Adriana —Sí, saca bastante bien.

Edgardo —Bastante bien (ríe). ¿Usted se cree que me voy a dejar sacar fotos con eso? (Ella no responde). Guarde esa cámara. Le pido que busque fotos por Internet. Hay algunas muy buenas.

Adriana —¿No nos podríamos sacar una foto, juntos?

Edgardo —¿Juntos?

Adriana —Sí, como recuerdo.

Edgardo —¿Después de cómo la estoy tratando, usted quiere sacarse una foto conmigo?

Adriana —Si no es molestia... Le juro por mis hijos que no la pongo en el diario.

Edgardo —Usted es un caso perdido.

Adriana —Es que yo lo admiro mucho.

Edgardo —(Dando por hecho la respuesta). Porque nací en su ciudad.

Adriana —No. Es que me parece un artista maravilloso. Yo siempre soñé con bailar.

Edgardo —¿Sí?

Adriana —Sí, pero me dijeron que no era buena.

Edgardo —¿Quién se lo dijo?

Adriana —Eh... (Duda en decirlo).

Edgardo —Diga, diga...

Adriana —Gaspar Di Loreto.

Edgardo —¿Gaspar Di Loreto? (Ríe). Pero ese tipo no sabe nada de danza. (No lo puede creer). ¡Gaspar Di Loreto! Ese tipo nunca pudo ni siquiera pestañar con pasión. Gaspar está muerto en vida. Todo su arte está vacío. No me diga que aún sigue enseñando danza...

Adriana —Sí, sigue.

Edgardo —¡Dios que imbécil! ¿Y porque cayó en manos de ese retardado rítmico?

Adriana —Porque es mi padre.

Edgardo —¿Usted es la hija de Gaspar?

Adriana —Sí, soy la hija.

Edgardo —Ah, no. Le pido que se vaya por favor. Usted lleva mierda en la sangre. ¡Mierda!

Adriana —¿Cómo me va a decir eso?

Edgardo —Digo lo que quiero. No se olvide que usted es la que se metió en mi ensayo. Tengo derecho a decir lo que quiera.

Vayasé ya mismo.

Adriana —No me voy a ir, quiero que nos saquemos una foto.

Edgardo —¿Para qué mierda quiere esa foto?

Adriana —Ya le expliqué. Usted es un genio.

Edgardo —¿Un genio? (Suspira). Está bien. Pero antes quiero que me saque un par de fotos bailando. ¿Puede ser?

Adriana —(Emocionada). ¿En serio?

Edgardo —Sí, así se las muestra al fracasado de su padre. (Ella saca la cámara y él empieza a bailar. Nunca se queda quieto y ella trata de seguirlo. Ella ve que él no pare de moverse y las fotos le salen movidas).

Adriana —Hay muy poca luz acá. (Él sigue bailando).

Edgardo —Vamos, saque, saque...

Adriana —No podría quedarse en una pose, porque me salen movidas...

Edgardo —No. No puedo dejar de bailar. (Él tararea la música. De repente se acerca hasta ella y le saca la cámara de las manos). Abracemé.

Adriana —¿Qué?

Edgardo —(Gritando). Abracemé. (Ella lo abraza). ¿Siente mi corazón?

Adriana —Sí.

Edgardo —¿Lo siente?

Adriana —Sí, lo siento.

Edgardo —Fuerte carajo.

Adriana —Lo siento, lo siento.

Edgardo —(Él la abraza y la revolea bailando con las piernas por los aires). Bailemos, bailemos. ¿Se siente viva?

Adriana —Sí, sí. (Él la hace girar por todo el escenario mientras canta). Cante conmigo.

Edgardo —(Hasta que en un momento frena y en un movimiento la acuesta en el piso. Le habla muy cerca de la cara). ¿Y? ¿Qué se siente?

Adriana —(Emocionada). Es hermoso.

Edgardo —Le acabo de pasar un poco de mi vida a usted.  
¿Siente la energía?

Adriana —(Acostada en el piso). Sí, la siento.

Edgardo —¿La siente?

Adriana —Sí, mucho, por todo el cuerpo.

Edgardo —Bueno, eso es arte. No se confunda nunca. Que no la confunda su padre ni nadie. Cuando usted sienta eso que está sintiendo ahora, será una verdadera artista. ¿Comprendió?

Adriana —Sí. (Se miran). ¿Me besaría?

Edgardo —(Sonriendo). Usted es una verdadera abusadora.

Adriana —Perdone, pero usted es increíble.

Edgardo —Ya puede irse.

Adriana —¿Ya?

Edgardo —Sí.

Adriana —¿Me devuelve la cámara?

Edgardo —No, ahora la cámara es mía. Me la quedo a cambio de la energía que le di.

Adriana —¿Me está hablando en serio?

Edgardo —Sí, quiero un recuerdo suyo. Yo no le entrego mi energía a cualquiera.

Adriana —Está bien, me parece bien.

Edgardo —Ahora vayasé.

Adriana —¿Me tengo que ir?

Edgardo —Sí, vayasé, no sea abusiva. Necesito descansar.  
Adriana —Voy a estar en primera fila.  
Edgardo —No me saque fotos.  
Adriana —¿No?  
Edgardo —No.  
Adriana —Está bien. (Silencio). Lo amo.  
Edgardo —Ya lo sé.  
Adriana —Lo amo con todo mi corazón  
Edgardo —Todos me aman. Y sé que lo merezco. Vayasé, nos vemos esta noche.  
Adriana —Hasta luego, y gracias.  
Edgardo —Todavía es joven...  
Adriana —¿Cómo?  
Edgardo —Todavía puede, vayasé de esta ciudad. Usted tiene... algo.  
Adriana —¿Algo?  
Edgardo —Sí, algo.  
Adriana —Gracias, te amo Edgardo, te amo. (Se va veloz).  
Edgardo —(Él mira las fotos en la cámara y sonrío). Sí, tiene algo, tiene algo.

En las redes

Luciana

Cata

Luciana —¿Por qué pusiste ese comentario?

Catalina —No lo escribí para que te enojes...

Luciana —Me hiciste sentir re mal.

Catalina —No fue mi intención.

Luciana —Lo leyó un montón de gente.

Catalina —¿En serio?

Luciana —Sí.

Catalina —Es que lo escribí en un momento de enojo.

Luciana —Pero yo no te hice nada.

Catalina —¿Cómo que no?

Luciana —¿Qué te hice yo?

Catalina —Dijiste que ibas a venir a las cinco.

Luciana —No pude.

Catalina —¿Por?

Luciana —Mi mamá me necesitaba.

Catalina —¿Qué quería?

Luciana — Quería que la acompañe a comprarse ropa.

Catalina —¿Y por qué no va sola?

Luciana —No sé. Le debe gustar que la acompañe.

Catalina —Bueno, yo te esperé, y ni siquiera me mandaste un mensajito.

Luciana —Tenía el celular sin batería.

Catalina —Me hubieses mandado del de tu mamá.

Luciana —A ella no le gusta que le agarre el celular.

Catalina —Era una urgencia.

Luciana —Tampoco exageres.

Catalina —No exagero, habías quedado en venir y no viniste.

Luciana —¿Y para qué querías que venga, al final?  
Catalina —Quería que vengas, que estés conmigo.  
Luciana —Sí, ya sé, pero... para qué.  
Catalina —No sé, para charlar. Para contarnos cosas.  
Luciana —Lo de siempre.  
Catalina —No digas así.  
Luciana —No digo nada.  
Catalina —Sí, estás diciendo “lo de siempre” como si la pasaras mal conmigo.  
Luciana —No estoy diciendo eso.  
Catalina —Sí, estás diciendo eso.  
Luciana —No, sólo te digo que no era urgente. Que era lo de siempre.  
Catalina —Sí, pero yo te esperé igual.  
Luciana —¿Y por eso tenías que poner eso en el muro?  
Catalina —No es para tanto.  
Luciana —Nunca nadie me había dicho algo así.  
Catalina —Es que estaba enojada.  
Luciana —Sí, ya me dijiste  
Catalina —Pero viste que después lo eliminé.  
Luciana —Sí, vi.  
Catalina —Bueno, viste que no soy tan mala...  
Luciana —Pero ya lo había leído un montón de gente.  
Catalina —¿Alguien te dijo algo?  
Luciana —Sí, algunos sí.  
Catalina —¿Quiénes?  
Luciana —Carla, María... y Sebastián.  
Catalina —¿Lo leyó Sebas?  
Luciana —Sí.  
Catalina —Ay, perdoname, Luchi. No me imaginé que lo iba a leer él. ¿Qué te dijo?  
Luciana —Nada. Se rió.

Catalina —¿Cómo que se rió?

Luciana —Claro, puo “jajaja”.

Catalina —Ah. ¿Cómo lo puso? ¿Con mayúsculas? (Hace que si con la cabeza). ¿Y puso algo más?

Luciana —Puso “seguro que es verdad”.

Catalina —¿Eso escribió?

Luciana —Sí, primero puso “jajaja” con mayúsculas, y después puso “seguro que es verdad”.

Catalina —¿Y ahora se borró?

Luciana —Sí.

Catalina —Claro, porque yo eliminé la publicación, y como estaba en tu muro desaparecen todos los comentarios que se hicieron.

Luciana —Igual el comentario ya está hecho.

Catalina —Igual yo no pienso eso de vos.

Luciana —¿Qué cosa?

Catalina —Lo que escribí.

Luciana —¿Y para qué lo escribiste?

Catalina —Porque estaba enojada.

Luciana —¿Y de dónde sacaste la idea?

Catalina —No sé, se me ocurrió.

Luciana —Si se te ocurrió por algo es.

Catalina —Creo que lo saqué de mi papá.

Luciana —¿De tu papá?

Catalina —Sí. Él siempre dice que, de una familia sin padre, es raro que salgan hijos normales.

Luciana —¿Cómo normales?

Catalina —Normales, como yo.

Luciana —¿Vos sos normal?

Catalina —Claro, tengo una mamá y un papá

Luciana —¿Y por eso sos normal?

Catalina —Claro.

Luciana —¿O sea que yo no soy normal?

Catalina —Para mí sí.

Luciana —Pero para tu papá no.

Catalina —Acá no importa mi papá

Luciana —Por algo escribiste lo que escribiste.

Catalina —Pensá, que si sos mi amiga, es porque sos normal. Yo no sería amiga de cualquiera.

Luciana —O sea que soy normal, a pesar de que mi viejo me haya abandonado.

Catalina —No digas eso, nunca se sabe cómo son esas cosas. (Piensa). Además, pensá que estoy yo para ayudarte.

Luciana —¿Vos estás para ayudarme?

Catalina —Claro, mientras yo sea tu amiga, no te va a pasar nada.

Luciana —Siempre me decís lo mismo.

Catalina —Es que es verdad.

Luciana —¿Y por eso, cuando no puedo venir, me escribís cosas horribles por Internet?

Catalina —Es que estaba enojada. Basta con eso.

Luciana —Me voy.

Catalina —¿Cómo que te vas, si recién llegas?

Luciana —Necesito estar sola.

Catalina —Mentira. Quedate acá, dejame protegerte. Ahora te hago una chocolatada y vas a ver cómo se te pasa todo. ¿Querés que miremos “Los Simpsons”?

Luciana —En serio, me voy. Necesito caminar un rato.

Catalina —Te dije que no, vos me necesitás a mí. ¿No te das cuenta?

Luciana —A veces sí... Pero ahora no. Ahora necesito pensar un poco en mí.

Catalina —No te vayas, Luchi, te quiero mucho.

Luciana —Ya sé.

Catalina —Nunca nadie te va a querer tanto como yo.

¿Entendés?

Luciana —Ojalá que sí, porque la verdad... es que necesito que me quieran.

Catalina —No digas eso.

Luciana —Es lo que pienso.

Catalina —¿No te alcanza conmigo?

Luciana —Porque escribiste que me gustan las mujeres.

Catalina —Ya te dije.

Luciana —No me importa lo que dijiste. Sabés que estoy enamorada de Sebastián. Lo sabés mejor que nadie. (Silencio).

¿Lo sabes o no?

Catalina —Sí.

Luciana —¿Y entonces? Sabías que él lo iba a leer, por eso lo pusiste. ¿Vos querés alejarme de Sebas?

Catalina —No, yo quiero que seas feliz, quiero protegerte.

Luciana —Pará con eso. Vos lo que querés es que me quede solamente con vos.

Catalina —No, no es así.

Luciana —¿Entonces? ¿Por qué pusiste que me gustan las mujeres?

Catalina —No sé, estaba enojada y se me ocurrió eso. Es algo que dijo mi papá.

Luciana —¿Tu papá dijo que soy lesbiana porque me abandonó mi papá?

Catalina —No, no dijo eso.

Luciana —¿Entonces?

Catalina —No sé.

Luciana —¿No será que a vos te gustan las mujeres?

Catalina —No. ¿Qué decís?

Luciana —No tendría nada de malo.

Catalina —Eso es para los anormales.

Luciana —¿Tu papá dice eso?

Catalina —Todo el mundo dice eso.

Luciana —Mi mamá no. Mi mamá dice que es algo normal.

Catalina —Tu mamá porque es una loca, por eso la dejó el marido.

Luciana —¿Y yo qué? ¿También estoy loca?

Catalina —No, Luchi, vos no. Vos sos mía. Vos estás conmigo, yo te cuido.

Luciana —Basta, Cata, necesito estar sola.

Catalina —No te vayas.

Luciana —Me voy a ir, te guste o no.

Catalina —Si te vas, no te vuelvo a ver nunca más.

Luciana —Bueno, pero eliminame de las redes, por favor.

Catalina —No te voy a eliminar.

Luciana —¿No te das cuenta que sos vos la que me necesita?

Catalina —¿Yo?

Luciana —Claro. ¿Qué pasa Cata, te gusto?

Catalina —Callate. ¿Qué decís?

Luciana —¿Te parezco linda?

Catalina —Para nena, a mí me gustan los chicos.

Luciana —¿Qué chicos te gustan? Yo no conozco a ninguno.

Catalina —Basta.

Luciana —¿Qué va a decir tu papá cuando se entere que estás enamorada de mí?

Catalina —Bajá la voz, pelotuda, te va a escuchar mi mamá.

Luciana —Yo estoy enamorada de Sebastián, Cata.

Catalina —Ya sé eso.

Luciana —Lo mejor va a ser que no nos veamos más.

Catalina —Callate... ¿Qué decís?

Luciana —Me voy.

Catalina —Pará, pará, Luchi. ¿Adónde vas? Yo voy a hablar con Sebas, le voy a explicar que fue todo un chiste.

Luciana —Ahora ya está. Chau, Cata.

Catalina —Vení, Luciana, Luchi, no te pienso borrar de las redes. ¿Me escuchaste? Me vas a tener que eliminar vos. Luchi, vení...

## Oralidad

Brian

Gilda

Productor

(Se encuentra Bryan sentado a la mesa. Agarra una banana. Recorre la forma de la misma con las manos. La apunta hacia su boca. Se queda pensando. De golpe entra su hermana mayor, Gilda. Él suelta la banana como si hubiese estado haciendo algo malo. Gilda vuelve del hospital).

Brian —Hola.

Gilda —Hola.

Brian —¿Cómo te fue?

Gilda —Lo mismo de siempre.

Brian —¿Qué te dijo el médico?

Gilda —Hay que operar.

Brian —¿Cuándo?

Gilda —Ya mismo.

Brian —¿Ya? (Gilda afirma con la cabeza). ¿Cuánto sale?

Gilda —Mucho

Brian —¿Cuánto mucho?

Gilda —Más de lo que tenemos.

Brian —¿Y la mutual?

Gilda —No cubre nada.

Brian —¿Y qué vamos a hacer?

Gilda —No sé.

Brian —Hay que conseguir plata.

Gilda —¿A quién le vamos a pedir? No tenemos a nadie acá.

Brian — (Se da cuenta que es así). ¿Querés unos mates?

Gilda —Dale. (Brian se levanta a buscar el termo y lo trae)

Brian — (No sabe cómo decirlo. Decide largarlo): Fui al casting.

Gilda —(Sin haberlo escuchado). ¿Eh?

Brian —Que hoy a la mañana fui al casting.

Gilda —¿Fuiste al casting?

Brian —Sí.

Gilda —¿No te quedabas a estudiar?

Brian —No quería decirte. Tenía miedo de no entrar.

Gilda —¿Y entraste?

Brian —Sí, entré.

Gilda —¿En serio?

Brian —Sí hermanita. Entré. No lo puedo creer.

Gilda —¿Entraste a “Jóvenes Ángeles”?

Brian —Sí. Voy a ser uno de los personajes secundarios.

Gilda —No lo puedo creer. Hay que contárselo a mamá...

Brian —No, a mamá no.

Gilda —¿Cómo que no?

Brian —Después le contamos.

Gilda —Brian. Me parece que vos no estas entendiendo la situación...

Brian —Me van a pagar mucha plata. ¿Entendés?

Gilda —¿Cómo mucha? ¿Cuánta plata te van a pagar?

Brian —Siete mil.

Gilda —¿Siete mil por mes?

Brian —Sí, por mes.

Gilda —¿Y ya firmaste contrato?

Brian —No, todavía no firmé. Quería hablar con vos antes.

Gilda —¿Conmigo?

Brian —Sí. Desde que mamá no está, siempre me apoyaste en todo. En mis sueños, en mis cosas. No sé... me pareció que tenía que hablar con vos.

Gilda —Bueno. Está bien. Yo solo quiero que seas feliz. Si a vos te hace feliz actuar en ese programa, está bien.

Brian —¿Con esa plata podemos pagar la operación?

Gilda —Sí, podemos. En cuotas, pero podemos.

Brian —Genial.

Gilda —Con esa plata mamá, puede llegar a seguir viviendo. ¿Entendés?

Brian —Sí.

Gilda —¿Qué te pasa?

Brian —Nada, nada.

Gilda —¿Seguro?

Brian —Sí, sí.

Gilda —(No le termina de creer. Lo nota raro). ¿Cuándo podemos ir a firmar?

Brian —Cuando yo quiera.

Gilda —¿Podemos ir ahora?

Brian —Sí, pero tengo que ir solo.

Gilda —¿Solo? ¿Por qué solo?

Brian —Porque tengo que ir solo.

Gilda —¿Hay algo que no me estás diciendo? ¿Por qué tenés que ir solo?

Brian —A ver... Ellos me eligieron a mí. Pero quieren que antes de firmar yo... haga una...cosa.

Gilda —¿Qué cosa? No entiendo nada, Bryan. Explicame bien.

Brian —Quieren que yo..., antes de firmar el contrato..., y antes de que me den la plata, le haga un favor a unos de los productores.

Gilda —¿Un favor? ¿Qué favor?

Brian —Quieren que... pase la noche con uno de los productores.

Gilda —¿Qué pasés la noche? ¿Quiéren que te acostés con un tipo?

Brian —No, que me acueste no. Va, no sé si el tipo querrá hacerlo acostado o parado, no sé...

Gilda —Decime, exactamente, que te dijeron que hagas.

Brian —Quieren que... (Agarra la banana de plástico y hace un gesto).

Gilda —¿Quiéren que se la chupés a un tipo? Vos no se la vas a chupar a nadie... ¿escuchaste? ¡Pervertidos de mierda!

Brian —Pero Gilda, entrar a “Jóvenes ángeles” es mi sueño.

Gilda —Sí Bryan, ya sé, pero así no.

Brian —Pensá que, con esa plata, podemos pagar la operación.

Gilda —La conseguiremos por otro lado.

Brian —¿Por dónde?

Gilda —¿Vos te crees que mamá, va a estar feliz, si se entera de que está viva gracias a que su hijo se la chupó a un tipo?

Brian —No es cualquier tipo. Es un productor.

Gilda —No me importa.

Brian —Yo lo haría por mamá.

Gilda —¿Qué estás diciendo?

Brian —Pensá que va a ser un rato, no más.

Gilda —No quiero pensar.

Brian —Pensá que podemos salvar a mamá... No hace falta que ella se entere.

Gilda —Nunca le oculté nada a mamá.

Brian —¿Vos entendés que es mi sueño? Imaginate... Voy a estar en la tele, voy a estar en afiches, voy a tener un montón de chicas, después.

Gilda —¿Y si después de estar con el productor te empiezan a gustar los hombres?

Brian —No me van a gustar los hombres, te lo juro Gilda. Me gustan las chicas.

Gilda —No, Bryan. Está decidido.

Brian —Vos sos mi hermana, nada más, no podés decidir por

mí. Yo lo voy a hacer, te guste o no. Es mi decisión.

Gilda —Pero Bryan, entendeme...

Brian —Necesito estar en ese programa. Es mi sueño. Bailar, cantar, vestirme así como se visten ellos...

Gilda —Ya sé, pero así no.

Brian —Yo sé que no me vas a entender. Pero necesito hacerlo, por mis sueños, y por mamá.

Gilda —¿Realmente te importa lo de mamá?

Brian —¿Cómo no me va a importar? ¿Qué decís? ¿Es mi mamá?

Gilda —Nunca tuviste buena relación con ella.

Brian —Si me hubiese criado, quizá me llevaría un poco mejor.

Gilda —Sabés que si no estuvo, fue por seguir al hombre de su vida.

Brian —¿Y yo qué?

Gilda —Vos me tenías a mí.

Brian —Vos sos mi hermana.

Gilda —Pero te crié igual.

Brian —¿Dónde está el amor de su vida ahora, que ella está muriéndose? (Silencio). Escuchame, Gilda, yo, si querés, te doy toda la plata. Pero dejame entrar al programa.

Gilda —No puedo dejar que hagás eso, Bryan.

Brian —No debe ser algo muy difícil.

Gilda —Pero vos sos un hombre.

Brian —¿Vos nunca lo hiciste?

Gilda —¿Qué cosa?

Brian —Lo que tengo que hacer yo.

Gilda —¿Cómo me vas a preguntar eso?

Brian —Decime. Así tengo una idea de cómo es.

Gilda —No quiero hablar de eso.

Brian —¿Lo hiciste o no?

Gilda —Un par de veces.

Brian —¿Con Claudio? (Gilda afirma con la cabeza). ¿Y?  
Gilda —Nada, no sé. Es raro.  
Brian —Pero decime algo, dame algún consejo. Capaz que lo hago mal, y no puedo entrar al programa. ¿Cómo es?  
Gilda —(Agarra la banana. La mira. Está dispuesta a mostrarle. Se arrepiente). No, no, no puedo.  
Brian —Dale Gilda.  
Gilda —No, nunca supe hacerlo.  
Brian —¿Y qué hago? ¿A quién le pregunto?  
Gilda —No sé.  
Brian —Tengo que encontrarme con el tipo en dos horas.  
Gilda —¿En dos horas?  
Brian —Sí. Me dijo que lo llame a las diez, para encontrarnos.  
Gilda —¿En dónde se van a encontrar?  
Brian —No sé, dijo que me mandaba un taxi.  
Gilda —¿Tenés el teléfono de él?  
Brian —Sí, me lo dieron en el casting.  
Gilda —Dejame llamarlo.  
Brian —No. ¿Estás loca? Vas a arruinar todo.  
Gilda —No. Le voy a preguntar si no quiere estar conmigo, en vez de estar con vos.  
Brian —¿Con vos?  
Gilda —Claro, yo soy una mujer. Yo ya estuve con un hombre, sé cómo es.  
Brian —Pero... ¿Y si al tipo sólo le gustan los hombres?  
Gilda —Tenemos que arriesgarnos.  
Brian —No, capaz que el tipo se piensa que tengo miedo, y no me aceptan.  
Gilda —Tenemos que probar. Dame el teléfono.  
Brian —No, Gilda. Por favor.  
Gilda —Dameló. (Se lo saca). ¿Cómo se llama el tipo?  
Brian —No sé.

Gilda —¿Y con que nombre lo agendaste?

Brian —Oral.

Gilda —¿Oral?

Brian —¿Y qué querías que le ponga? ¿Pete?

Gilda —(Lo encuentra). Acá está. Ahí llama.

Brian —Ojo con lo que decís...

Gilda —Hola.

Productor —(Entra a escena y camina alrededor de la mesa como si estuviera caminando por la calle). Hola. ¿Sí, quién habla?

Gilda —¿Hablo con el productor de “Jóvenes ángeles”?

Productor —Sí. ¿Quién habla?

Gilda —Soy Gilda. La hermana de Bryan.

Productor —¿Quién?

Gilda —Gilda. La hermana del chico que tenía que encontrarse hoy con usted para...

Productor —¿Para qué?

Gilda —Me dijo que usted le iba a mandar un taxi.

Productor —Ah, el chico de las 22 hs. Lindo chico. Vi las fotos.

Gilda —Sí, ese. Sí, es lindo chico. Llamaba para saber si en vez de ir él, puedo ir yo.

Productor —¿Usted?

Gilda —Sí, yo.

Productor —¿Qué edad tiene usted?

Gilda —35.

Productor —No, está muy grande para el programa.

Gilda —No. A ver... Lo que pregunto, es si puedo hacerle “el favor” yo, en vez de que lo haga mi hermano.

Productor —¿Qué favor?

Gilda —Eso de... la... oralidad.

Productor —Ah, ya comprendo. Y la verdad es que no es lo mismo.

Gilda —Claro, comprendo. ¿Sabe lo que pasa? Es que estábamos hablando, y él me decía que nunca lo había hecho...

Productor —No se preocupe por eso. Yo le enseño. Tenemos toda la noche.

Gilda —Ah, usted le enseña. Pero mire que yo soy muy buena...

Productor —¿Sí?

Gilda —Sí, en serio. No sabe, hasta me han aplaudido.

Productor —Mire qué bien. Pero bueno, a mí me gustan más los inexpertos, en especial los de la edad de su hermano. No es que quiera despreciarla. No se sienta mal.

Gilda —Pero él es un varón.

Productor —Sí, claro.

Gilda —A mí me gustaría que él lo haga con chicas de su edad.

Productor —Sí, comprendo. Pero bueno, yo no puedo hacer nada.

Gilda —¿Y usted no sería, tan amable, de hacerlo entrar al programa sin que haga eso que tiene que hacer?

Productor —Yo no puedo, compréndame.

Gilda —Pero si para usted es uno más. ¿Qué le cuesta?

Productor —No señorita, disculpemé, lo que me pide es imposible. Hay muchos en la situación de él. No sería justo.

Gilda —¿Justo?

Productor —Claro.

Gilda —Pero... ¿Sabe lo que pasa? Nuestra madre se está muriendo en un hospital. Nosotros necesitamos esa plata.

Productor —¿Qué es lo que tiene?

Gilda —Cáncer.

Productor —Mi hermana murió de cáncer. Es horroroso.

Gilda —(Buscando empatía). Por eso... Nosotros necesitamos más que nadie ese dinero.

Productor —Bueno, entonces dígalé que le mando el taxi a las diez en punto. Y disculpemé, pero estoy apurado. Hasta luego

señorita. (Corta. Sale de escena).

Gilda —No lo pude convencer.

Brian —Lo voy a tener que hacer. (Silencio de Gilda). Por mamá.

Gilda —No vayas, Bryan.

Brian —¿Y qué vamos a hacer?

Gilda —No sé, pero no vayas. (Bryan se levanta y se pone la campera que estaba en la silla). ¿A dónde vas?

Brian —Voy a ir a la clínica, a avisar que conseguimos la plata.

Gilda —¿A la clínica?

Brian —Sí. ¿Me querés acompañar?

Gilda —No, necesito estar sola. Gracias.

Brian —Bueno.

Gilda —Mandale saludos a mamá.

Brian —Bueno.

Gilda —Y no le digas la verdad.

Brian —No, no te preocupes. (Se abrazan). Te quiero mucho.

Gilda —Yo también. (Se sueltan. Él sale. Ella se queda sola mirando la fruta de vuelta. Vuelve a agarrar la banana).

## Los profesionales

Ernestina

Rodrigo

(Se encuentra Ernestina, al borde del escenario, como para saltar al vacío. Pasa por detrás Rodrigo, que anda queriendo sacar una buena foto. La ve).

Rodrigo —¡Ey! Che... ¿Qué vas a hacer?

Ernestina —Andate, no me toqués.

Rodrigo —No me voy a ir.

Ernestina —Seguí con tus cosas, flaco. No me rompás las bolas.

Rodrigo —No tengo nada que hacer.

Ernestina —No me importa tu vida. Andate. Dejame matarme en paz.

Rodrigo —¿Te puedo sacar una foto mientras saltás?

Ernestina —No, no podés. Mi muerte es algo privado.

¿Entendés?

Rodrigo —Si fuera algo privado, te hubieses matado en tu pieza.

Ernestina —Siempre soñé con saltar de un puente.

Rodrigo —¿Por?

Ernestina —No sé.

Rodrigo —Quizá porque te gusta la idea de ser un cadáver público.

Ernestina —Puede ser.

Rodrigo —Pero ya vas a estar muerta... no vas a poder disfrutarlo.

Ernestina —No me importa eso.

Rodrigo —¿Y qué te importa?

Ernestina —Que todo el mundo sepa que mis viejos son una mierda.

Rodrigo —¿Querés que se sientan culpables?

Ernestina —Sí, eso. (Rodrigo le saca una foto con flash). Pará, pelotudo, te dije que nada de fotos. (Le saca otra y ella se da vuelta y lo mira). ¿Vos sos boludo?

Rodrigo —Qué linda que sos.

Ernestina —¿Para qué me sirve?

Rodrigo —No sé. ¿Qué te hicieron tus viejos?

Ernestina —Nada.

Rodrigo —¿Nada?

Ernestina —Parece que no les gusto.

Rodrigo —¿Cómo tendrías que ser para gustarles?

Ernestina —No sé, tendría que nacer de vuelta. O quizá no haber nacido.

Rodrigo —Sos hermosa, en serio.

Ernestina —Bueno, gracias. Pero no pienso estudiar arquitectura.

Rodrigo —(Sorprendido por la respuesta). ¿No?

Ernestina —No.

Rodrigo —¿Qué querés estudiar?

Ernestina —Yo que sé.

Rodrigo —Mi mamá es arquitecta.

Ernestina —¿En serio?

Rodrigo —Sí. ¿Ves esa casa que está allá?

Ernestina —¿La del techito verde?

Rodrigo —Sí, esa. La hizo ella.

Ernestina —¿Vos que estudiás?

Rodrigo —Fotografía.

Ernestina —¿Pero de qué te pensás recibir?

Rodrigo —De fotógrafo.

Ernestina —Qué patético.

Rodrigo —Más patético es quererse matar. (Ella no contesta. Él le sigue sacando fotos). Ya que nos vamos a morir de todos modos, mejor hacer lo que nos gusta. ¿No te parece?

Ernestina —¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a sacar fotos en casamientos?

Rodrigo —No sé, ya veré.

Ernestina —A mí me gusta escribir.

Rodrigo —Qué bueno. ¿Qué escribís?

Ernestina —Cuentos.

Rodrigo —Me gustaría leerlos..., si mañana seguís viva como para mostrarmelós.

Ernestina —Ya veremos.

Rodrigo —¿Tus viejos son profesionales?

Ernestina —Sí, mi papá es doctor, y mi mamá abogada. Ganan muy bien.

Rodrigo —Pero tienen una hija que se quiere matar.

Ernestina —Bueno, pero ganan bien igual.

Rodrigo —Por más que tu viejo sea el mejor doctor del mundo, no te va a poder resucitar, si te tiras de este puente. (Ella no contesta). Y tu mamá tampoco le va a poder hacer juicio a nadie.

Ernestina —Lo que pasa es que ellos están muy ocupados.

Rodrigo —Y sí, son profesionales. No sé les puede pedir que, además, sean buenos padres.

Ernestina —Claro. Los profesionales no tendrían que tener hijos..., me parece.

Rodrigo —(Ríe). Y no, en lugar de eso tendrían que tener casas, autos, licuadoras, y cosas así.

Ernestina —Pero no se sentirían realizados. Una mujer necesita ser madre.

Rodrigo —Y un hijo necesita ser hijo, no cadáver público. (Ella no contesta).

Ernestina —Pero ellos tienen un título.

Rodrigo —Desde que mis viejos se separaron, son muchos más felices. Es que en realidad, nunca se llega a ningún lado. (Le saca una foto muy de cerca). ¿Vos te gustás?

Ernestina —Sí, bastante. Me parezco linda.

Rodrigo —A mí me pareces hermosa. Aunque no sea quién para decirlo, porque...no tengo título.

Ernestina —(Sonríe). Creo que para decir esas cosas no hace falta.

Rodrigo —¿Vamos?

Ernestina —¿Adónde?

Rodrigo —No sé, a pasear un rato. Después volvés y te tiras del puente tranquila.

Ernestina —Bueno. (Se levanta y se va con él). ¿En serio querés leer mis cuentos?

Rodrigo —Claro.

Ernestina —Tengo algunos acá. (Saca del bolsillo unas hojas).

Rodrigo —¿Me los leés vos?

Ernestina —Bueno. (Empiezan a salir mientras ella le va leyendo el cuento).

## La hija de Juana

Chica

Jefa

(La jefa del taller de costura está en su oficina. Entra una chica, la hija de Juana).

Chica — Buenas, señora. Yo soy la hija de Juana.

Jefa — ¿Juana?

Chica — Sí, Juana. La señora que trabaja acá.

Jefa — Ah, claro. Juanita.

Chica — ¿Vio que ella no vino a trabajar estos días?

Jefa — Sabía que alguien había faltado, pero no sabía quién.

¿Qué pasó?

Chica — Es que no se pudo levantar de la cama, tenía mucho dolor de espalda y...

Jefa — ¿Se hizo ver?

Chica — Sí. La llevamos al hospital para que la atiendan.

Jefa — ¿Y qué le dijeron? ¿Qué tiene?

Chica — Hay que operarla de la columna.

Jefa — ¿Operarla?

Chica — Sí, así me dijeron. Sino no va a caminar más.

Jefa — ¿Va a quedar paralítica?

Chica — Si no se opera, sí.

Jefa — ¡Qué horror! ¿Pero cuánto tiempo va a faltar al trabajo?

Voy a tener que contratar a otra persona...

Chica — No sé cuánto tiempo va a faltar.

Jefa — ¡Dios mío! ¡Con lo que cuesta conseguir una empleada eficiente! (Agarra el celular y se pone a llamar al encargado.

Sacándose de encima a la chica). Bueno, igual gracias por

avisar, querida. Ya mismo me pongo en campaña para conseguir un reemplazo. (Ve que no se mueve). Ya está. Andá tranquila.

Chica —Necesito diez mil dólares...

Jefa —¿Qué?

Chica —... para pagar la operación.

Jefa —¿No está en el hospital?

Chica —El hospital no hace esas operaciones. Hay que llevarla a Rosario.

Jefa —¿Cómo que no hacen esas operaciones?

Chica —Necesito diez mil dólares. ¿Me los da?

Jefa —¿Yo?

Chica —Sí. Me dijo el médico que me los tiene que dar usted.

Jefa —¡Pero no, querida! Está muy confundido ese señor. ¿Qué apellido es?

Chica —Rodríguez.

Jefa — (Anota). Rodríguez. ¿Tenés el teléfono? (La chica niega con la cabeza). Mirá... Tu mamá, cuando entró a trabajar acá, sabía muy bien que nosotros no le podíamos pagar la mutual. No dan los costos.

Chica —Pero ahora ella se enfermó de la espalda.

Jefa —Yo no te puedo dar esa plata. Fuimos muy claros cuando le dimos el trabajo. Vos pensá, que tu mamá, no tiene estudios.

Chica —Sí, ya sé que no tiene estudios.

Jefa —Bueno, las personas que no tienen estudios, no pueden acceder a un trabajo en donde estar en blanco, con mutual, y esas cosas... ¿Soy clara?

Chica —A mí me dijo el médico que tiene mal la espalda por trabajar acá.

Jefa —Eso es imposible. Este trabajo es muy relajado. Además, tu mamá, solo cosía bolsillos acá. (Pensando). A ver... ¿Cuánto tiempo hace que tu mamá trabaja en este taller?

Chica —Treinta años.

Jefa — (Sorprendida). ¿Treinta años?

Chica — Sí.

Jefa — Ah, mirá cuanto tiempo... ¿Y ella hace otras cosas cuando sale de acá?

Chica — No, solamente en casa.

Jefa — ¿Qué hace en su casa?

Chica — Limpia, cocina... lo que hacen las mamás.

Jefa — Eso es lo que le arruinó la espalda... Aparte de la edad. Son cosas normales a esa edad.

Chica — El médico no dijo eso.

Jefa — El médico se puede equivocar... ¿sabés? ¿Por qué no prueban con llevarla a otro lado?

Chica — Porque no tenemos mutual.

Jefa — Ah, claro. Mirá... Vamos a hacer una cosa. Yo te voy a mandar un médico en estos días para que la vea. ¿Querés?

Chica — ¿Me da la plata?

Jefa — ¡Te dije que no! ¡No te voy a dar la plata! ¿Sos sorda?

Chica — Si no me da la plata mi mamá no va a caminar más.

Jefa — Ese no es mi problema. Demasiado ya tengo con tener que conseguir a otra persona.

Chica — ¿Quién va a hacer las cosas de mi casa?

Jefa — Yo que sé. ¿Vos que edad tenés?

Chica — 17

Jefa — Y bueno, ya estás grande. Vos podés encargarte de esas cosas. ¿No te parece? Tu mamá ya se sacrificó mucho, por vos y por tus hermanos. Es hora de que vos le devuelvas algo de todo eso. ¿No?

Chica — Ella quiere que termine de estudiar.

Jefa — Sí, todos queremos lo mejor para nuestros hijos. Pero a veces, la vida no es como deseamos que sea. Yo, por ejemplo, me tuve que hacer cargo de este taller, cuando apenas tenía 25

años; porque, la libertina de mi madre, quiso empezar a recorrer el mundo con su amante. ¿Qué te parece?

Chica —¿El mundo?

Jefa —Sí, le dieron ganas de viajar. Así que yo me tuve que hacer cargo de su taller.

Chica —Yo quiero estudiar.

Jefa —Y está muy bien. ¿Y tu papá que hace?

Chica —Es albañil.

Jefa —Y bueno. Él debe tener sus ahorros para pagar la operación. ¿No?

Chica —No. No tiene nada.

Jefa —Y bueno... ¡Ustedes también son un desastre como familia! ¡Qué poco previsores! Todos debemos tener unos ahorros, siempre, porque nunca se sabe... Uno se puede enfermar de un día para el otro.

Chica —¿Y usted tiene?

Jefa —¿Qué cosa?

Chica —Si tiene ahorros...

Jefa —No mucho, pero algo sí.

Chica —¿Cuánto?

Jefa —No seas atrevidas. Esas cosas no se preguntan.

Chica —¿Más de diez mil?

Jefa —Esta charla no da para más. Te voy a pedir que te retires.

Chica —No me voy a ir sin la plata.

Jefa —Esa plata no te corresponde, ya te lo expliqué. A ver...

Mirá. Lo mejor que podés hacer, es ir a buscarte un trabajo, tener tu propia platita... ¿Me entendés?

Chica —Pero necesito diez mil dólares... ¿Quién me va a pagar esa plata?

Jefa —Yo no sé si lo sabías, pero... Hay muchos hombres que pagarían por estar con vos... ¿Me entendés? (La chica no responde). ¡A ver, parate! (La chica se para. La jefa gira

alrededor de ella). Ves, estás bastante bien. Podés hacer mucha plata. Viste que hay muchos pervertidos... Creo que te vas a poder hacer una buena suma. Es una buena salida para la gente como ustedes...

Chica —¿Cómo quiénes?

Jefa —Como vos y tu mamá.

Chica —Pero yo necesito la plata ahora. Yo no quiero que mi mamá se quede paralizada. Yo la quiero mucho.

Jefa —Bueno, entonces anda a conseguir la plata a otro lado. Acá no hay.

Chica —¿Y sus ahorros?

Jefa —Esos ahorros son míos.

Chica —¿Por qué no les paga la mutual a los empleados?

Jefa —Porque no me alcanza. Retirate, por favor.

Chica —Pero le alcanza para ahorrar.

Jefa —Es parte de mi sueldo. Yo no le quito la plata a nadie.

Chica —¿Me da la plata?

Jefa — (Echándola de la oficina a empujones). ¡Te dije que no, pendeja sorda! ¡Rajá de acá de una vez! ¡Andate, andate, no te soporto más! (Se vuelve a sentar al escritorio. Agarra el teléfono y llama a Arnaldo, el contador). Hola, Arnaldo... ¿Cómo estás? Sí, yo estoy bien. (Escucha). Lo que pasa es que vino una de las hijas de las negras estas que trabajan acá, a pedirme diez mil dólares. ¿Qué me decís? (Escucha). Sí, dios mío. Hay que buscar a una persona que reemplace a Juana. Sí, la mujer que cocía los bolsillos. (Empieza a subir la música hasta tapar la voz de la jefa. Ella sigue hablando). Sí, no sé... No sé me ocurre nadie. ¿Vos tenés a alguien en vista? Podríamos hablar con las otras, y preguntarles si conocen a alguna que ande buscando laburo... (Entra a la oficina la chica con un revolver en mano apuntando a la Jefa. La jefa levanta la vista y se escucha el tiro

justo cuando se da el apagón. Sigue la música. Se enciende una luz roja y se ve a la jefa muerta sobre la mesa. Apagón)

Hombre estatua

Hombre Estatua

Chica

(Hay un “hombre estatua” en el escenario. Está en una posición que expresa alegría. Entra una Chica. Lo mira. Saca una moneda del bolsillo y se la pone en la gorra que se encuentra delante de sus pies. La estatua hace un gesto de agradecimiento y luego busca una nueva posición. La chica retira la moneda de la gorra, y se la guarda en el bolsillo. La estatua sigue esta acción con sus ojos. No entiende. La chica procede a irse. La estatua no puede contenerse más y pregunta):

Estatua —Ey. ¿Qué pasó?

Chica —¿Y encima tenés el tupé de hablar?

Estatua —¿Cómo?

Chica —Primero te movés, y como si con eso no te alcanzara... ¿ahora hablás?

Estatua —¿Por qué te llevaste la moneda?

Chica —Porque me la gané trabajando dignamente.

Estatua —Pero ya me la habías puesto en la gorra.

Chica —¿Y con eso qué?

Estatua —Ya era mía.

Chica —¿Adónde figura eso de que era tuya?

Estatua —No sé. Pero era mía.

Chica —Si era tuya la hubieses agarrado.

Estatua —No podía, porque estaba quieto.

Chica —Joderse, entonces. Si te moviste para agradecerme la moneda, te hubieses movido una vez más para agarrarla.

Estatua —Pero así no es la cosa.

Chica —¿Qué cosa?

Estatua —Devolveme la moneda. Me la gané.

Chica —¿Haciendo qué? ¿Imitando? Estoy harta de los imitadores. ¿Por qué no se dedicará cada uno a ser uno mismo? ¡Qué sociedad enferma!

Estatua —Devolvemelá, dale.

Chica —(Ignorándolo). ¿A qué otra cosa imitás?

Estatua —No sé..., por ahora sólo estatuas.

Chica —¿No imitás a personas, a seres humanos?

Estatua —Y no. Eso es más complicado. Una estatua es más fácil, porque te quedas quieto y listo. Te ponés el vestuario y ya está todo hecho. Ni siquiera tengo que hablar.

Chica —¿Y entonces por qué estás hablando?

Estatua —Para que me devuelvas mi moneda.

Chica —Ya te dije que “no es tuya”. Si querés guita, andá a laburar.

Estatua —¿Qué te crees que estoy haciendo?

Chica —Estás imitando a una estatua.

Estatua —Mi trabajo consiste en imitar a una estatua. Ése es el mérito.

Chica —¿De qué merito me hablás?

Estatua —Del de parecerse a algo que uno no es.

Chica —¿Y qué sos vos?

Estatua —Una persona.

Chica —Anda a estudiar, si querés ser persona, en vez de quedarte parado como un idiota, dandotelá de artista callejero. ¡Qué imbécil!

Estatua —Voz de envidia.

Chica —¿Envidia de qué?

Estatua —De que no sos artista y sos lo que sos.

Chica —¿Y qué soy?

Estatua —No sé, pero tenés cara de abogada.

Chica —Soy modelo.

Estatua —¿Sí?

Chica —Sí, modelo de ropa exterior.

Estatua —Bueno, con más razón. Me tenés envidia.

Chica —Pero... ¿Creés que te puedo envidiar a vos? Si voy a envidiar a un artista, envidiaría a alguien con talento, no a un pobre tipo que le tiene miedo al mundo, y no puedo enfrentar sus propios conflictos; y por eso se queda inmóvil, en el medio de la calle, esperando que pase un caza talentos y se lo lleve a Broadway. (Silencio).

Estatua —Tampoco pensé en Broadway. Pero algo más chico... no sé...

Chica —Estudiá actuación, aunque sea. Es demasiado patético lo que hacés.

Estatua —Estudié algo... Pero es mucha responsabilidad eso de ponerse de acuerdo con los demás que laburan con vos. Es un bardo eso de llegar temprano, estudiar el libreto, ensayar, cumplir horarios... no sé...

Chica —“Mejor quedarse quieto”.

Estatua —Es más fácil, por ahora. Quizá algún día....

Chica —Quizá algún día te mueras.

Estatua —Y bueno.

Chica —La verdad es que me dan ganas de matarte, y darle todos los órganos a alguien que los pueda usar en serio.

Estatua —¿En serio sos modelo?

Chica —Sí, modelo nutrias de terciopelo.

Estatua —¿Vos que me aconsejás?

Chica —Que te pongás en movimiento.

Estatua —¿Para dónde?

Chica —Para adentro.

Estatua —¿Para adentro?

Chica —Sí, para adentro. (Hace gestos).

Estatua —(Entendiendo). Ah... pero... esos viajes siempre son dolorosos.

Chica —¿Y qué? ¿Sos cagón?

Estatua —(Silencio). ¿Y cuándo voy a saber que llegué?

Chica —Cuando te encuentres. Es obvio.

Estatua —Bueno, gracias por el dato. ¿Estás segura que sos modelo?

Chica —Sí, modelo “zorros de plush”. (Le pone la moneda en la gorra). Tomá. Para que tengas para el primer boleto.

Estatua —¿Qué boleto?

Chica —Para el viaje.

Estatua —¿El viaje hacia adentro?

Chica —Sí, hacia adentro. (Gesto nuevamente).

Estatua —Ah, claro.... Gracias. (Ella se empieza a ir). ¿Va a ser largo el viaje?

Chica —Depende de la cantidad de tiempo que te hayas evadido... y de la cantidad de dolor que puedas soportar. Hasta luego. (Sale).

Atún

Oswaldo

Sandra

Mozo

(Escena de bar. Está Oswaldo sentado esperando que llegue Sandra. Ella llega).

Oswaldo — Buenas noches Sandra. (Ella no contesta) ¿Se siente bien? (Ella afirma con la cabeza). ¿Quiere que tomemos algo?

Sandra — No, no.

Oswaldo — ¿Pedimos un vino?

Sandra — Alcohol no.

Oswaldo — Bueno. Una gaseosa, entonces...

Sandra — Está bien.

Oswaldo — (Llama al mozo). Manuel.

Mozo — ¿Qué tal, Oswaldo? Buenos noches.

Oswaldo — Buenas noches.

Mozo — (A ella). Buenas noches. (Ella no saluda)

Oswaldo — Traenos dos gaseosas, por favor...

Mozo — Sí. ¿Coca cola está bien?

Oswaldo — Sí, sí...

Sandra — Vino.

Oswaldo — ¿Vino?

Sandra — Sí, vino, vino.

Oswaldo — ¿Quiere vino?

Sandra — Sí, vino blanco de la casa.

Mozo — Sí, cómo no. Ya le traigo.

Oswaldo — ¿Le gusta el lugar?

Sandra — Sucio, muy sucio.

Oswaldo —Bueno, sí, está un poco sucio. Usted debe ser de esas fanáticas de la limpieza.

Sandra —Un poco, sí. Me gusta tener la casa limpia. Por los microbios y esas cosas. Me gusta proteger a mis hijos de las bacterias. No me gusta que mis hijos respiren insectos.

Oswaldo —¿Insectos?

Sandra —Sí.

Oswaldo —¿Cuántos son?

Sandra —¿Los insectos?

Oswaldo —No, sus hijos, Sandra.

Sandra —Ah...

Oswaldo —Aparte de Luján... ¿Tiene alguno más?

Sandra —Sí, uno más.

Oswaldo —¿Varón?

Sandra —Sí, varón. Como el papá. Es varón como el papá.

Oswaldo —Sí, entiendo. ¿Cuántos años tiene?

Sandra —Diez.

Oswaldo —Mire qué bien.

Sandra —Sí. No sé si está bien. Tiene diez años. No sé si está bien, o está mal. Tiene diez años.

Oswaldo —Sí, comprendí.

Mozo —Disculpen. ¿Ya tienen pensado lo que van a comer?

Oswaldo —No, no. Todavía no.

Sandra —Empanadas.

Mozo —¿Empanadas?

Sandra —¿Qué, no hay?

Mozo —Sí, sí. ¿Usted va a comer lo mismo, Oswaldo?

Oswaldo —Sí, me da igual. ¿De qué tenés?

Mozo —De jamón y queso, de carne, de pollo...

Sandra —Necesito de atún.

Mozo —Bueno, atún.

Sandra —Sí, atún, atún carajo.

Mozo —¿Les traigo una a cada uno como entrada?  
Sandra —Doce.  
Osvaldo —¿Doce?  
Sandra —¿Qué, usted no va a comer?  
Osvaldo —Sí, sí.  
Sandra —Entonces traiga doce.  
Osvaldo —(Al mozo). Bueno, está bien. Traenos una docena de empanada de atún.  
Mozo —Perfecto. (sale).  
Osvaldo —Le gusta el atún.  
Sandra —Sí ¿Algún problema?  
Osvaldo —No, Sandra. Sólo trato de establecer un diálogo.  
Sandra —Bueno, un diálogo está bien. A ver... (Piensa qué preguntar). ¿Solamente enseña historia?  
Osvaldo —No, literatura también.  
Sandra —Qué bien, qué bien... ¿En la misma escuela?  
Osvaldo —No, en otra.  
Sandra —¿Y? ¿Le gusta?  
Osvaldo —¿Dar clase?  
Sandra —Sí... ¡¿De qué estamos hablando?!  
Osvaldo —Claro... ¿Cómo no me va a gustar?  
Sandra —¿Cuánto le gusta?  
Osvaldo —¿Cuánto?  
Sandra —Sí, cuánto, cuánto... ¡No puedo sacarle las palabras con tirabuzón durante toda la noche, carajo! ¡Ponga un poco de voluntad, por favor!  
Osvaldo —Tranquílícese...  
Sandra —¡Quiero mis empanadas de atún!  
Osvaldo —Ya se las van a traer. Relajese, por favor.  
Sandra —¿Usted sabe que estoy casada?  
Osvaldo —No, pero me lo imaginaba.  
Sandra —¿Y eso no le molesta?

Oswaldo —¿Por qué me tendría que molestar?

Sandra —Parece que usted acostumbra a hacer esto seguido... ¿no es así?

Oswaldo —No, para nada.

Sandra —¿Y pretende que le crea?

Oswaldo —Le aseguro que es la primera vez que me encuentro en esta situación.

Sandra —Pero, por favor...

Oswaldo —Sandra, me voy a retirar.

Sandra —¿Adónde se va a retirar?

Oswaldo —A mi casa.

Sandra —Y pretenderá que lo acompañe... ¿no es así?

Oswaldo —No, para nada.

Sandra —Pero mirá qué orgulloso resulto el señor profesor...

Oswaldo —Me voy.

Sandra —Usted no se va a ningún lado. Sientesé ahí, por favor. (Lo sienta). ¡Por favor, se lo pido!

Oswaldo —Sandra...

Sandra —¿Dónde estarán las empanadas?

Oswaldo —Ya las van a traer. ¿No quiere que las pida para llevar y las comemos en casa?

Sandra —¿En su casa?

Oswaldo —Sí. ¿No habíamos quedado en ir a casa?

Sandra —Vamos a ir a su casa una vez que hayamos cenado, como Dios manda. ¿Usted se cree que se va a acostar conmigo así sin más? Yo soy una señora. Una señora casada con dos hijos.

Oswaldo —Mire, Sandra, yo solo quiero terminar con esto de una vez por todas.

Sandra —Yo sé cómo son ustedes. ¿Qué nota le pondría a mi hija, si tan sólo cenamos, y nada de lo otro?

Oswaldo —¿De ir a mí casa?

Sandra —Sí, de lo otro. Sabe muy bien de lo que le hablo.

Oswaldo —Mire, su hija está a punto de perder el año...

Sandra —(Comienza a quitarse el abrigo). Ya está, no me diga más nada. Ya entendí todo. Lo único que quiere es mi cuerpo. Le importa un carajo que me haya prestado a cenar con usted, en este lugar de mierda, esas empanadas asquerosas de atún.

Oswaldo —Pero si las pidió usted.

Sandra —¡Usted no va hacer reprobar a mi hija!

Oswaldo —Su hija va a reprobar porque no estudió.

Sandra —(Desabrochándole el pantalón). ¿Qué es lo que quiere, señor profesor? Digamé qué es lo que tengo que hacer. Mi hija es una chica maravillosa. Ella no va a repetir. Nada más que le cuesta mucho...

Oswaldo —(Trata de apartarla de su bragueta). Sandra, por favor.

Mozo —(Entrando de golpe y encontrándose con esa situación). Están las empanadas.

Sandra —¿Y usted qué mira? ¿También quiere abusar de mí?

Mozo —¿Yo?

Sandra —Sí, usted, perverso de mierda. Mi hija no va a repetir. ¿Me escuchó? (Le saca una empanada).

Mozo —Sí, señora. Lo que usted diga

Sandra —(A Oswaldo). ¿La va a aprobar o no a mi hija? (Él no contesta). ¿Me escucha?

Oswaldo —Sí, la voy a aprobar. Pero vayasé, por favor.

Sandra —Mejor así. (Ella se va. Él se sienta vencido a la mesa. El mozo se acerca y se sienta con él. Apoya las empanadas).

Oswaldo —¿Sabés una cosa?

Mozo —¿Qué?

Oswaldo —Soy alérgico al atún. (Sube la música. Oswaldo saca la billetera y comienza a pagar mientras el mozo se come una de las empanadas. Apagón)

Gracias por bailar

David

Petunia

(David entra a la discoteca. Descubre bailando a Petunia. Le gusta. Se pone a bailar a su lado. Intenta establecer un diálogo a los gritos, por sobre el alto volumen de la música disco).

David —Hola.

Petunia —Hola.

David —¿Cómo estás?

Petunia —¿Eh?

David —¿Estás bien?

Petunia —¿Si estoy bien?

David —Claro, si estás bien... ¿Estás bien?

Petunia —Sí, sí. Estoy bien.

David —Me alegro... mucho. (Él no sabe que más decir. Continúan bailando en silencio. Comienza a tratar de reformular una pregunta). Che... (Silencio. No sabe cómo continuar la frase).

Petunia —¿Qué?

David —No, nada.

Petunia —¿Vos me hablaste?

David —Sí, pero no quise decir nada. No te preocupes.

Petunia —¿Pero dijiste algo?

David —Sí, pero ya no tiene importancia.

Petunia —Ah, bueno. (Siguen).

David —Buen tema ¿No?

Petunia —Increíble.

David —Gracias por bailar conmigo.

Petunia —Todo bien.

David —Creo que, te tendría que haber pedido permiso antes de ponerme a bailar. Te pido disculpas. Mi intención no fue...

Petunia —(Le da un cachetazo). ¡Dejate llevar! (Dejan de bailar).

David —Bueno..., está bien. Perdoná, no quise molestarte... Es que bailar no es lo mío.

Petunia —¿Y qué es lo tuyo?

David —No sé. Soy más de charlar.

Petunia —¿De charlar?

David —Claro, me llevo mejor con las palabras.

Petunia —Bueno. (Ambos caminan a la vez y se sientan en el borde del escenario, el cual funciona como un umbral a la salida de la discoteca). ¿De qué querés charlar?

David —No sé.

Petunia —¿Cómo que no sabes? Adentro dijiste que eras bueno para charlar.

David —Sí, pero... bueno... No es tan fácil.

Petunia —¿Charlar te parece difícil?

David —Y según con quien charle... Depende de las circunstancias...

Petunia —Estoy empezando a pensar que estaba mejor adentro, bailando sola.

David —No, por favor, no pienses eso. Es que estoy un poco nervioso. Perdoname... En serio, por favor.

Petunia —No pidas más perdón. Dios mío. Me enferma la gente que pide perdón por cualquier cosa.

David —Tenés razón, perdoname.

Petunia —¿Otra vez?

David —Fue sin querer.

Petunia —Escuchame una cosa... Si escucho la palabra “perdón” de nuevo, me voy. ¿Me entendiste?

David —Sí está bien... te pido... (Se interrumpe).

Petunia —¿Qué es lo que me pedís?

David —Te pido..., te pido que... me tengas paciencia.

Petunia —(Suspira). Haré todo lo posible.

David —Gracias.

Petunia —A ver... ¿Por qué te pusiste a bailar conmigo?

David —No sé. Me gustó cómo bailabas.

Petunia —O sea, que te gustó mi modo de expresarme con el cuerpo...

David —Claro.

Petunia —... pero yo no te gusté.

David —No, no. Sí me gustaste.

Petunia —¿O sea que te gusto?

David —Sí, me gustás.

Petunia —¿Qué te parezco?

David —Me pareces... muy linda.

Petunia —¿Muy linda? ¿Nada más?

David —Sí, muy linda, hermosa... no sé... no soy bueno con las palabras.

Petunia —Primero me decís que sos bueno para charlar... ¿Y ahora me decís que no sos bueno con las palabras?

David —Sí, suena contradictorio. Te pido disculpas...

Petunia —Ahí está. Dijiste disculpas. Me voy.

David —Pero no dije perdón, dije disculpas.

Petunia —¿Me estás cargando? Es lo mismo.

David —Sí, tenés razón, perdoname.

Petunia —A bueno... (Se levanta para irse). Chau, me voy.

David —(La agarra del brazo). No te vayas.

Petunia —Si no querés que me vaya, decime, ya mismo, algo que me haga quedar.

David —Pero... no sé... ¿Qué te digo?

Petunia —(Mira el reloj). Te doy diez segundos.

David —No, pará... por favor. Ayudame.

Petunia —Estás perdiendo un tiempo importante.  
David —(Piensa) Dejame pensar.  
Petunia —Listo, terminó el tiempo. Adiós señor charlador.  
David —Ya lo tengo.  
Petunia — (Duda). Te escucho.  
David —A ver... “Cuando te vi bailar me di cuenta que eras la mujer de mi vida”.  
Petunia —¿Eh?  
David —¿No te gustó?  
Petunia —No lo puedo creer. Te vi cara de pelotudo, pero no pensé que sería para tanto.  
David —En serio te digo.  
Petunia — “La mujer de mi vida”. ¿En serio crees en esa pelotudez?  
David —¿Está mal?  
Petunia —¿Y si tuviera cáncer?  
David —¿Cómo?  
Petunia —Si yo tuviera cáncer... ¿Seguiría siendo el amor de tu vida?  
David —¿Qué tipo de cáncer?  
Petunia —¿Depende del tipo de cáncer, para saber si soy el amor de tu vida o no?  
David —No, no quiero decir eso. Sólo pensaba..., sería algo muy..., no sé..., muy grabe...  
Petunia —Cualquier tipo de cáncer es grabe.  
David —Lo que digo es, si sería algo... terminal.  
Petunia —¿Lo que vos querés saber es cuanto tiempo de vida me queda?  
David —Eh... Pongamoslé que sí.  
Petunia —¿En qué cambiaría eso?  
David —Y, no sé, para ver si tenemos tiempo de iniciar la relación, ver si funciona, y todo eso.

Petunia —¿O sea que soy el amor de tu vida, pero todavía tenés que comprobar si funciona?

David —No sé, no quiero que me malinterpretes. Te dije que no soy bueno con las palabras.

Petunia —¿Y si yo te digo que bailo, así como bailo, por el hecho de que me quedan pocos días de vida, y quiero vivirlos a pleno?

David —Sería lógico.

Petunia —¿Qué harías en ese caso? ¿Vivirías conmigo los pocos días que me quedan?

David —No sé, es una situación complicada.

Petunia —No puede ser demasiado complicada, si soy el amor de tu vida.

David —Entonces...

Petunia —¿Entonces qué?

David —Puede ser que no seas el amor de mi vida.

Petunia —Sos patético.

David —Perdón.

Petunia —No te perdono una mierda.

David —¿En serio te estás muriendo?

Petunia —Pero no, para nada. Era sólo una suposición.

David —¿Entonces sos el amor de mi vida?

Petunia —No querido. Vos estas buscando un amor que te quede cómodo. Y eso no es amor.

David —¿Y qué es?

Petunia —Lo llaman estupidez, pero vos decile como quieras.

Chau...

David —Perdoname, quizás no me supe explicar. Yo solo quería decirte que me gustas mucho. Que me parecés hermosa. Quizá se me fue la mano con lo de “amor de mi vida”.

Petunia —¿Te parece?

David —Sólo quería salir a tomar algo con vos, charlar un rato, conocernos... no sé.

Petunia —No, dejá. No soy el tipo de mujer para vos. Me pasaron demasiadas cosas en la vida, como para que tu ingenuidad me resulte seductora.

David —Ah...

Petunia —Me confundí con vos, no sé. Perdoname.

David —No, perdoname vos.

Petunia —Suerte para la próxima.

David —Gracias.

Petunia —Trata de buscar una que baile más convencionalmente.

David —Ah, bueno... Buen dato.

Petunia —Chau. (Ella sale).

David — (Sin que ella lo escuche) Perdona. En serio.

(Explota la música de vuelta. Apagón).

## La vaca feliz

Gabriel

Lautaro

(Entra Lautaro a la oficina de su jefe, el cual se llama Gabriel Leonardo Petraglia. Son las ocho de la mañana. Su jefe está sentado frente a su notebook. Está profundamente pensativo).

Lautaro —(Entrando). Buen día.

Gabriel —Ey.

Lautaro — (Lo nota extraño). ¡lunes, otra vez! Parece que va a ser un día hermoso. No hay una sola nube.

Gabriel —Mirá.

Lautaro —¿Le pasa algo?

Gabriel —¿Eh?

Lautaro —Si le pasa algo.

Gabriel —No te preocupes. (Lautaro asiente). ¿Qué tenés para hacer hoy?

Lautaro —Tengo que terminar el diseño para la carnicería.

Gabriel —(Acordándose). Ah sí... ¿Eso es para mañana?

Lautaro —Sí, sí.

Gabriel —¿Venís bien?

Lautaro —Sí, ya casi lo tengo.

Gabriel —¿Es el de la vaca sonriente?

Lautaro —(Sonriendo.) Sí, el de la vaca feliz.

Gabriel —Qué absurdo. Yo no entiendo cómo te pueden pedir un logo con una vaca feliz, para un lugar en donde venden vacas muertas, vacas asesinadas.

Lautaro —(Sorprendido por la reacción de su jefe). Nunca lo había pensado...

Gabriel —Siempre pasa. Es monstruoso a lo que uno se acostumbra. Una cosa son los perros de la publicidad de salchichas... Ahí uno sabe, que lo que está comiendo, no son perros. (Piensa). Bah, yo que sé. Anda a saber de qué están hechas las salchichas. Mejor no enterarse... ¿no?

Lautaro —(Que ya no sabe qué pensar, ni qué decir): Claro... es complicado...

Gabriel —(Que se quedó maquinando). Una vaca feliz. Qué hijos de puta.

Lautaro —En serio... ¿Le pasó algo?

Gabriel —Mi mujer.

Lautaro —¿Qué pasó con su mujer?

Gabriel —Me dejó.

Lautaro —¿Cómo que lo dejo? ¿Se fue?

Gabriel —Sí. Bah... En realidad, me tuve que ir yo, porque vivíamos en la casa de su madre.

Lautaro —¿Y a dónde está viviendo ahora?

Gabriel —Acá.

Lautaro —¿En la oficina?

Gabriel —Sí, en la oficina.

Lautaro —No sé qué decirle.

Gabriel —Nada, qué me vas a decir. En estos casos no se puede decir nada.

Lautaro —Si lo puedo ayudar en algo...

Gabriel —Está bien. Gracias por preocuparte. (Dándose cuenta). Ahora que lo pude decir me siento un poco mejor.

Lautaro —Pero... ¿cuándo pasó esto?

Gabriel —El viernes.

Lautaro —¿Está viviendo acá desde el viernes? (Gabriel asevera). ¿Quiere irse a bañar a mi casa?

Gabriel —No, está bien. Tengo lo de mi vieja, para irme a bañar..., pero todavía no tuve ganas de ir.

Lautaro —Ah.

Gabriel —Gracias igual.

Lautaro —Disculpe la pregunta, pero... ¿Le dijo por qué se fue?

Gabriel —(Todavía no lo puede creer). Sí, me lo dijo. Creo que eso fue lo peor. Me tendría que haber mentido. (Lautaro se muere de la intriga, pero por respeto no quiere preguntar. Silencio). ¿Sabés lo que me dijo?

Lautaro —¿Qué le dijo?

Gabriel —Que le gustan las mujeres.

Lautaro —¿Cómo?

Gabriel —Eso. Le gustan las mujeres. Se enamoró de una mujer y me dejó.

Lautaro —¿De una mujer?

Gabriel —Sí, una mujer que conoció en el bar. En esas salidas que hace con sus amigas los jueves.

Lautaro —Entonces ella es... bisexual.

Gabriel —Ojalá. Eso por lo menos me dejaría más tranquilo.

Lautaro —¿Entonces es lesbiana?

Gabriel —Sí... Es torta, la hija de puta.

Lautaro —¿Y cómo estuvo con usted estos años, si le gustan las mujeres?

Gabriel —Eso es lo que ella se preguntaba. No sabe bien.

Lautaro —¿Y usted nunca imaginó nada? (Que no quiere ser agresivo). Digo..., quizá algún indicio de algo...

Gabriel —Estuve todo el fin de semana pensando, y un par de cosas aparecieron...

Lautaro —¿Me puede contar? (Silencio. Gabriel no sabe si contarle. Le da vergüenza) Está bien. No hace falta.

Gabriel —(Se dispone a contarle). Mirá... Lo primero que entendí es... porque ella nunca quiso hacerme... (Insinúa con un par de gestos que no se la quería chupar). No sé si me explico...

Lautaro —¿No le quería... practicar sexo oral?

Gabriel —Exactamente. Decía que le daba asco.

Lautaro —Pero usted se lavaba antes de...

Gabriel —Sí, claro. ¿Cómo no me voy a lavar? Probé de todo, pero no hubo forma. Le daba arcadas... Ahora entiendo todo.

Lautaro —Claro.

Gabriel —Yo pensé que era una cuestión de tamaño... No sé. Porque digamos que lo mío no es... (Dando a entender que no la tiene enorme).

Lautaro —Claro. Chiquita, pero juguetona.

Gabriel —(Ofendido). Tampoco chiquita.

Lautaro —Sí, no quise decir eso. Es un dicho. Una expresión.

Gabriel —Será... mediana. (Pensando). Mediana... tirando para abajo.

Lautaro —Claro, claro. Y usted pensó que a ella le parecía poco, por eso no se la quería...

Gabriel —(Afirma). Por un lado eso me deja más tranquilo.

Prefiero que me haya dejado porque le gustan las mujeres, y no por ser poco hombre. ¿No?

Lautaro —Y sí.

Gabriel —Igual es una mierda pensar que ahora está con una mina.

Lautaro —¿Hubiese preferido que se vaya con un tipo?

Gabriel —No sé. (Piensa). Creo que sí. Estuve todo el fin de semana pensando que, cada vez que hacia el amor conmigo, pensaba en una mina.

Lautaro —No creo que haya sido tan así.

Gabriel —Y si siempre le gustaron las minas..., algo así debe haber pasado.

Lautaro —¿Nunca le pidió que se vista de mujer?

Gabriel —(Sorprendido). ¿Qué?

Lautaro —No sé, se me ocurrió.

Gabriel —No, no. Ahí sí que agarrábamos para la mierda.

Lautaro — (No sabe que decir). Claro..., hay cosas que... no tienen nada que ver... ¿No?

Gabriel —Una vez, hará como un año, me pidió que hagamos un trío.

Lautaro —¿Un trío? ¿Con otro tipo?

Gabriel —Pero no... ¿No te estoy diciendo que se hizo torta?

Lautaro —Sí, claro. Tiene razón. ¿Y qué le dijo?

Gabriel —Al principio no supe que responderle. Me quedé paralizado.

Lautaro —Yo agarro viaje como loco. Dos minas juntas... ¡Me muero! ¡Un sueño hecho realidad! Ojalá mi novia me dijera eso.

Gabriel —Una cosa es a tu edad, que sos más libre. ¿Cuánto hace que estás con tu novia, vos?

Lautaro —Siete meses, más o menos.

Gabriel —Bueno, yo hace siete años que estoy con mi esposa. Me pareció que no tenía nada que ver.

Lautaro —Claro...

Gabriel —(Le va cayendo la ficha.) Ahora que lo pienso bien... No tendría que sorprenderme lo que pasó. Lo que pasa es que uno, después de tantos años de estar juntos, piensa que ya está todo dicho. Que las cosas van a ser así siempre, que ya están establecidas.

Lautaro —Quizá, si se toman un tiempo... Capaz que ella vuelve a hacerse... (busca la palabra) ...heterosexual.

Gabriel —No creo. Ayer fui a buscar unas cosas que me había dejado... No sabes lo feliz que estaba. Nunca la había visto así en mi vida. Estaba hermosa, radiante. Como rejuvenecida.

Lautaro —¿Y estaba la otra ahí? (Gabriel afirma). Que situación complicada.

Gabriel —Me invitó a tomar mates.

Lautaro —¿La novia de su esposa?

Gabriel —(Que no le gusta cómo suena). No digas así.

Lautaro —Perdón. Es que no sé cómo se llama.  
Gabriel —Camila, se llama.  
Lautaro —¿Camila? Mira. Como mi vieja.  
Gabriel — (Lo dice con nombre y apellido). Camila Fontana.  
Lautaro —¿Camila Fontana?  
Gabriel —Sí. ¿Qué? ¿La conocés?  
Lautaro —¿En qué bar se conocieron?  
Gabriel —Creo que en el que está en el cruce.  
Lautaro —(No lo puede creer). ¿Mi vieja es lesbiana?  
Gabriel —¿Qué decís?  
Lautaro —Tu mujer está enamorada de mi mamá.  
Gabriel —(Sorprendido). ¿Tu vieja es Camila Fontana?  
Lautaro —(Afirma). ¡Mi vieja es tortillera! Me quiero morir.  
Gabriel —Pero si vos sos apellido Dinardo. ¿Fontana es el apellido de soltera?  
Lautaro —Sí, es el apellido de soltera.  
Gabriel —¿Y tú viejo?  
Lautaro —Están separados, mis viejos. Hace años.  
Gabriel —¿Vos estás seguro de lo que estás diciendo?  
Lautaro —Mi vieja es torta, y yo el fin de semana voy a conocer a su esposa.  
Gabriel —¿Qué decís?  
Lautaro —Mi vieja me dijo, que me quería presentar a su pareja el fin de semana. Ésa fue la palabra que uso: pareja. No dijo ni hombre ni mujer. Dios mío.  
Gabriel —¿Qué vamos a hacer?  
Lautaro —Nada. No sé.  
Gabriel —¿No la podés convencer a tu vieja, para que convenza a mi esposa, de que vuelva conmigo?  
Lautaro —Si está enamorada... yo no puedo hacer nada. Qué sea feliz.

Gabriel —Eso lo decís porque es tu vieja, si fuese tu esposa no dirías eso.

Lautaro —Yo que sé que diría.

Gabriel —¿Te das cuenta que vos no tendrías que haber existido?

Lautaro —¿Qué?

Gabriel —Lo que escuchás. Si tu mamá hubiese descubierto que es torta, veinte años atrás, vos no hubieses nacido.

Lautaro —¿Y eso qué tiene qué ver? Yo nací porque mis viejos estaban enamorados en ese momento... Eso es lo que cuenta.

Gabriel —Convencela a tu mamá.

Lautaro —¿Cómo la voy a convencer?

Gabriel —No sé. Pero hace algo. ¿No ves que estoy sufriendo?

Lautaro —Si mi mamá es feliz acostándose con su esposa, yo no puedo hacer nada. Qué sea feliz.

Gabriel —Reaccioná. Sos hijo de una tortillera, pelotudo de mierda.

Lautaro —Y usted la tiene chiquita.

Gabriel — (Lo empuja). ¿Qué te pasa?

Lautaro —¿Qué me tocás pelotudo?

Gabriel —Yo te digo que vos no tendrías que haber nacido.

Lautaro —Y yo te digo que vos sos un pelotudo.

Gabriel —Y yo te digo que vos estás despedido.

Lautaro —Y yo te digo que mañana te mando una carta documento.

Gabriel —(Se da cuenta que se está yendo al carajo. Trata de relajarse. Se sienta. Silencio) ¿Necesitás esta máquina para diseñar la vaca feliz?

Lautaro —No, tengo todo en la otra computadora.

Gabriel —Bueno, dale no más, que hay que entregarla mañana.

Lautaro —¿Me vas a despedir o no?

Gabriel —Primero termina la vaca, y después vemos.

Lautaro —Si me vas a despedir, prefiero buscar laburo, en vez de ponerme a diseñar una vaca de mierda.

Gabriel —No te voy a echar. Pero no digas más que la tengo chiquita.

Lautaro —Usted me estaba agrediendo.

Gabriel —Ya sé. (Silencio).

Lautaro —Bueno, me voy a trabajar. (Comienza a irse).

Gabriel —Esperá.

Lautaro —¿Qué pasa ahora?

Gabriel —¿Vos te vas a ir a vivir a mi casa?

Lautaro —¿Qué?

Gabriel —¿Vos no vivís con tu vieja?

Lautaro —(Entiende). No sé qué va a pasar. Ya veremos.

Gabriel —Sería muy doloroso para mí.

Lautaro —Entiendo, pero no depende de mí.

Gabriel —Yo te alquilo un departamento si querés. Pero no puedo tolerar que un empleado mío viva en mi casa.

Lautaro —¿Cómo me va a alquilar un departamento?

Gabriel —Estoy desesperado.

Lautaro —Se nota.

Gabriel —¿Tu mamá es buena en la cama?

Lautaro —(Se queda pasmado. Le da pena). Eh... No sé. Yo soy el hijo. ¿Entiende? Los hijos no se enteran esas cosas.

Gabriel —¿Me lo podés averiguar?

Lautaro —Por más que se lo averigüe, sería al pedo.

Seguramente toda su experiencia anterior fue con hombres.

Gabriel —Claro. (Lo va masticando.) O sea que son como dos vírgenes... enamoradas que se encontraron en un bar...

Lautaro —¿Se puso poético?

Gabriel —¿Cómo hago para volverme a sentir... hombre?

Lautaro —Busquesé otra mujer, yo que sé... no sé qué decirle.

Gabriel —¿Cómo se llama tu papá?

Lautaro —¿Mi papá? (El otro afirma). Pedro..., Pedro Dinardo.

Gabriel —¿No me darías su teléfono?

Lautaro —¿Para qué quiere el teléfono de mi papá?

Gabriel —Pensá que él está pasando por la misma situación.

Podríamos acompañarnos en el dolor.

Lautaro —Mi viejo se volvió a casar. Está viviendo en Formosa.

Gabriel —¿En Formosa?

Lautaro —Ya está, hombre.

Gabriel —¿Cómo que ya está? ¿Sabés las imágenes que tengo en mi cabeza? No quiero ni pensar, qué estarán haciendo en este momento, tu mamá con mi esposa. ¿Cómo hacen? No entiendo.

¿Usan los dedos? ¿Qué hacen? No es normal... ¿Vos te das cuenta?

Lautaro —No sé. No sé qué harán.

Gabriel —Porque una cosa es entre hombres. En donde... no sé..., es más lógico. Hay un agujero y algo que se mete en ese agujero. Pero entre mujeres... No tiene sentido. ¿Te das cuenta?

Lautaro —Y bueno... Hagasé puto, y listo. Hasta capaz que se le pasa la depresión.

Gabriel —Lautaro... ¿Vos me ves cara de puto a mí?

Lautaro —Así, después de tres días sin bañarse, imposible verle cara de nada.

Gabriel —Creo que me voy a pegar un tiro.

Lautaro —(Que ya está podrido). Le pido que espere a que me vaya. Falta que piensen que lo maté yo.

Gabriel —Ya te dije que vos no tendrías que haber nacido.

Lautaro —Pero nació. Y no tengo ganas de ir en cana.

Gabriel —Bueno. Andate entonces.

Lautaro —Tengo que terminar el diseño.

Gabriel —¿El de la vaca feliz?

Lautaro —Sí, el de la vaca.

Gabriel —Te pido que no permitas que pongan mi foto en mi velorio.

Lautaro —¿Qué velorio?

Gabriel —Siempre veo, que en las películas, ponen fotos de los muertos sonriendo. (Se da cuenta). Como la vaca feliz de la carnicería. Igual que la vaca. (A Lautaro) Te pido que no lo permitas.

Lautaro —Yo le aviso a mi mamá que le diga a... (Ya no sabe cómo llamarla) ...a la viuda.

Gabriel —Gracias. (Saca un revolver).

Lautaro —(No lo puede creer). Ey. ¡¿Qué pasa?! ¿Se va a matar en serio?

Gabriel —Claro. ¿Qué te pensabas? ¿Qué estaba jodiendo?

Lautaro — Guarde el revólver. Por favor. Si quiere yo hablo con mi mamá. Algo vamos a hacer.

Gabriel —Andate, Lautaro. Estás despedido.

Lautaro —¿Y el diseño? ¿Y la vaca feliz? La tengo que entregar mañana.

Gabriel —La vaca... que se vaya a la recalcada concha de su hermana.

Lautaro —Gabriel, por favor. No vale la pena.

Gabriel —No puedo seguir viviendo así. A mí me educaron para ser un hombre.

Lautaro —¿Y eso qué tiene que ver?

Gabriel —(Lo apunta). Andate, Lautaro. Te dije que no tendrías que haber nacido.

Lautaro —Está bien. Me voy, me voy.

Gabriel —Andate te dije. (Pega un tiro contra la nada. Lautaro sale) Por lo menos quiero morir como un hombre. (Carga el arma). Ya me va a extrañar esa pervertida. No sé qué mierda van a ser. Porque la mía es chiquita, pero por lo menos es algo... Ahora no sé qué va a ser. Se va a tener que meter los dedos, la

pelotuda. (Le da gracia su comentario). Ya se va a arrepentir.  
(Apagón. Se escucha el tiro).